

Hombres, Ideas y Libros

Julio Montebruno López

(Discurso pronunciado en la celebración
del Centenario del Liceo de Concepción).



S impresionante para mí encontrarme, como Delegado de la Universidad de Chile en la muy preclara y nobilísima ciudad de Concepción, y dirigir la palabra a sus hijos más distinguidos, herederos de proezas y valores excelsos que llenan cuatro siglos de nuestra historia; historia tan extraordinaria entre toda la de América, que le viene humilde la pluma del prosista y encuentra un poeta que anuncia al mundo el nacimiento de la nación chilena con las mismas voces épicas que dos mil quinientos años antes celebraron los orígenes de la cultura helénica.

Porque piso la tierra que cantara Ercilla, porque estoy en este ambiente en donde perdura el espíritu de la raza heroica, porque estoy delante de vosotros, nuevas ramas de un glorioso árbol secular, que ostenta flores y triunfos aun mejores que los producidos en épocas legendarias, me parece que ya asoman sobre las boscosas colinas que rodean esta ciudad los signos precursores de las magnas y luminosas jornadas del espíritu.

Veo bien aquí que los laureles de otros tiempos se entrelazan y complementan con las palmas inmortales y las olivas propicias, bajo cuyo palio florecen el amor hermoso y la lozana sabiduría. En vez del clamor de la raza épica se oyen en esta tierra los rítmicos pasos del filósofo que en el jardín de Academo dictó leyes eternas a la sabiduría humana.

Y fué sin duda el divino Platón el que dijo al hombre eminente, alma del movimiento intelectual que vivifica y ennoblece toda la ciudad, que los tiempos reclamaban para ella donde tantas veces reinó el estruendo de las armas, lanzas de luz y explosiones de inteligencia.

No hay duda que bajo el follaje de vuestros árboles repitió Platón sus divinas enseñanzas.

Nunca es más funesta la ignorancia que cuando se trata de cuestiones que se relacionan con el objeto de nuestra actividad moral y con las leyes que la rigen.

Es preciso compadecer como al más miserable de los hombres al que no sabe a qué atenerse sobre la esencia de la felicidad ni sobre la naturaleza de lo justo y de lo injusto.

Las diversas ciencias son como las gradas o bases de impulso que nos sirven para aproximarnos a la causa suprema de las cosas. Pero esta causa no pueden ellas suministrarla. Solo la razón, gran testigo de la verdad, puede por medio del raciocinio elevar al hombre al conocimiento de la causa de las causas o el absoluto.

Moralizar es desarrollar la razón y hacerla adulta. Y esto solo se puede conseguir acostumbrándola a encontrar el porqué de las cosas. Los que se limitan a adquirir conocimientos inconexos tomados de los libros sólo encontrarán dificultades en la vida. Lo que sirve realmente al hombre son las convicciones que penetran hasta el fondo de su ser, lo modelan por entero a semejanza de Dios y se manifiesta en el exterior por el amor dominante del bien.

Y la idea de conmemorar el primer Centenario del Liceo adornando sus escalinatas con obras artísticas ¿no es también de la más pura procedencia platónica? ¿no dijo el fundador del espiritualismo que la mejor manera de corregir y depurar el alma de las pasiones vulgares era el cultivo de las Bellas Artes? Se comienza por infundir amor por la belleza física, es decir, por la representación ideal del cuerpo humano, que no es sino la irradiación externa del pensamiento, tan bien fijada en la materia por los Fidias y Praxíteles. Después se pasa a la belleza del alma, donde brillan las ciencias y la santidad para llegar, por un nuevo impulso hasta el amor de la belleza en sí misma, de ese principio eterno e inmutable, sin sombra ni declinación, de donde se desprende todo lo que la naturaleza tiene de gracia, de nobleza y de armonía. Se produce entonces una especie de entusiasmo que penetra vencedor hasta el fondo del alma, que la libera de los gustos vulgares, y la fija en lo verdadero, este otro nombre de lo hermoso.

Y hé aquí por qué Concepción es hoy más que un emporio de comercio floreciente, más que un gran centro industrial y agrícola, una gran ciudad civilizadora, idealista, vencedora de prejuicios y rutinas.

Muchas son sus glorias y grandes su contribución al progreso de la patria. Los emancipadores que con su espada roturaron la tierra para las cosechas hondas de la libertad, de aquí salieron; los emancipadores intelectuales, los evangelistas que nos adoctrinaron para el rudo aprendizaje de la República, de aquí partieron por primera vez. Y la historia nos permite figurarnos lo que serían en el firmamento anubarrado de aquellas épocas los surcos de fuego, las intensas huellas luminosas que ellas dejaron, mucho más intensos y duraderos que los que dejan en la oscuridad del cielo los mensajeros fugaces de los dioses.

Pero la mejor prueba de la pujanza y estirpe intelectual de sus hijos la ha dado Concepción cuando, viendo que las conquistas de la libertad deben consolidarse por la cultura, creó al lado del Liceo su laboriosa Universidad, para fundir en crisoles nuevos nuevas materias, oro puro y diamante firme, que han de servirle para modelar en el bien y la eficiencia la sociedad futura.

Señores: cuando a Nazir Schah, el conquistador de la India, uno de sus nuevos

súbditos le presentó el maravilloso diamante extraído de Golconda que dos mil años atrás usara uno de los héroes del Mahabárata, exclamó, dando un nombre a la preciosa gema: «Es una montaña de luz digna de iluminar la frente de los reys».

Y yo, al expresar los parabienes de la Universidad de Chile y mi propia convicción, no puedo menos de parodiar la frase del soberano persa: «Vuestro Liceo-Universidad será una montaña de luz que alumbrará eternamente la conciencia del pueblo».

JULIO MONTEBRUNO LÓPEZ.